

Artículo de investigación

# ¿Influyen el sexo y el temperamento en los cambios en la expresividad emocional de infantes chilenos? Un estudio longitudinal

Jorge Corral<sup>1</sup>, Colomba Mahns<sup>1</sup>, Fernanda Pereira<sup>1</sup>, Carolina Coloma<sup>1</sup>, Javiera Avilés<sup>1</sup>, Chamarrita Farkas<sup>1\*</sup>

<sup>1</sup>Pontificia Universidad Católica de Chile (Chile)

\*Correspondencia: [chfarkas@uc.cl](mailto:chfarkas@uc.cl)

Recibido: 16 nov. 2020 | 1ra decisión: 23 mar. 2021 | Aceptado: 24 sep. 2021 | Publicado: 25 sep. 2021



## Resumen

La expresividad emocional es relevante para un funcionamiento saludable, y en los primeros años tanto aspectos evolutivos como culturales la van configurando. Este estudio evaluó el cambio de la expresividad emocional en 99 niños entre los 12, 18, 24 y 30 meses de edad, considerando la capacidad de expresar placer y frustración, y su intensidad. Se evaluó la expresividad emocional de los niños frente a tareas que elicitan placer y frustración, y se aplicó el IBQ-R-VSF para evaluar el temperamento. Se observó que con el paso del tiempo disminuía significativamente la cantidad de niños que expresaban frustración. Además, la intensidad con la cual los niños expresaban placer y frustración también mostró una disminución significativa. Se obtuvieron perfiles que combinaban sexo y temperamento de los niños, y que mostraron diferentes patrones de cambio en la expresividad emocional de los niños. Se discuten estos resultados desde la perspectiva de la socialización de emociones positivas y negativas en la cultura chilena.

**Palabras clave:** expresividad emocional, temperamento, sexo, infancia, socialización

## O sexo e o temperamento influenciam as mudanças na expressividade emocional dos bebês chilenos? Um estudo longitudinal

**Resumo:** A expressividade emocional é relevante para o funcionamento saudável e, nos primeiros anos, tanto os aspectos evolutivos quanto os culturais a estão moldando. Este estudo avaliou a mudança na expressividade emocional em 99 crianças entre 12, 18, 24 e 30 meses de idade, considerando a capacidade de expressar prazer e frustração, e sua intensidade. A expressividade emocional das crianças foi avaliada em relação a atividades que provocavam prazer e frustração, e o IBQ-R-VSF foi aplicado para avaliar o temperamento. Observou-se que com o passar do tempo o número de crianças que expressaram frustração diminuiu significativamente. Além disso, a intensidade com que as crianças expressavam prazer e frustração também diminuiu significativamente. Foram criados perfis que combinavam o sexo e o temperamento das crianças, e que mostravam diferentes padrões de mudança na expressividade emocional. Esses resultados são discutidos na perspectiva da socialização das emoções positivas e negativas na cultura chilena.

**Palavras-chave:** expressividade emocional, temperamento, sexo, infância, socialização

## Do gender and temperament influence changes in the emotional expressiveness of Chilean infants? A longitudinal study

**Abstract:** Emotional expressiveness is relevant for healthy functioning, and in the early years, both maturational and cultural aspects are configuring it. This study analyzed the change in emotional expressiveness in 99 children between 12, 18, 24 and 30 months of age, considering the ability to express pleasure and frustration and its intensity. The children's emotional expressiveness was assessed against tasks that elicited pleasure and frustration, and the IBQ-R-VSF was applied to evaluate temperament. It was observed that over time the number of children who expressed frustration decreased significantly. Furthermore, the intensity with which the children expressed pleasure and frustration also showed a significant reduction. Profiles were obtained that combined children's gender and temperament, and that showed different patterns of change in the emotional expressiveness of the children. These results are discussed from the perspective of the socialization of positive and negative emotions in Chilean culture.

**Keywords:** emotional expressivity, temperament, gender, infancy, socialization

## Aspectos destacados del trabajo

- La intensidad de la expresión de placer en niños pequeños disminuye con la edad.
- La expresión de frustración muestra una mayor disminución con la edad en frecuencia e intensidad.
- La combinación de sexo y temperamento genera distintos patrones de cambio en la expresividad emocional.
- La socialización de la expresividad emocional en Chile puede explicar las diferentes trayectorias de cambio.

La capacidad de expresar emociones a través de conductas observables y la intensidad de dichas expresiones son algo que varía entre individuos (Kring et al., 1994; Losonczy-Marshall, 2008). La expresión de emociones considera un aspecto verbal y otro no verbal, donde el segundo alude al lenguaje corporal que comunica emociones mediante la mirada, expresión facial, postura corporal o gestos involuntarios (Collier y Collier, 2014). Así, la expresividad emocional puede operacionalizarse en términos de frecuencia con la que se presenta o no la expresión de una emoción, mientras que la intensidad refiere a la magnitud y se mide examinando dichas conductas faciales, vocales y corporales, durante un periodo de tiempo específico: entre el momento más intenso de la expresión y la fase de disminución de esta (Charlesworth y Kreutzer, 2006; Losonczy-Marshall, 2008).

En los primeros años de vida del infante, la expresividad emocional va cambiando tanto en la forma de expresar las emociones como en su intensidad (Kohut et al., 2012). Respecto al desarrollo de las expresiones emocionales en niños pequeños, se propone que las reacciones tempranas son menos diferenciadas, y que con la maduración van transformándose en emociones específicas. Así, durante los primeros meses del primer año de vida se observaría la expresión de ciertas emociones precursoras, como placer, cautela y frustración. Alrededor de los 6 meses emergerían emociones básicas como alegría, miedo, rabia y pena, y ya hacia el segundo año de vida de los niños aparecerían expresiones de emociones más maduras o discretas (Charlesworth y Kreutzer, 2006). Esta idea es apoyada por autores como Oster (2005), quien plantea que en los niños pequeños las expresiones emocionales corresponderían más bien a reacciones generalizadas o globales de placer o de malestar, y a medida que van creciendo va apareciendo la expresión se va haciendo más específica y aparece la expresión de emociones discretas (como miedo o rabia). Holodyski y Friedlmeier (2006) también apoyan esta idea, planteando que en la infancia temprana las expresiones emocionales son más bien difusas, pudiendo manifestar placer o malestar, y luego, a través de la maduración y la socialización, estas expresiones difusas se van modelando en configuraciones faciales específicas que se corresponden con emociones discretas.

Además, se ha propuesto que las expresiones faciales de emociones en niños menores de un año no siempre ocurren frente a situaciones elicitoras de emociones, pero que, en caso de ocurrir, estas siempre van a corresponder a la emoción elicitada, mientras que niños mayores a un año ya pueden voluntariamente expresar emociones que pueden no corresponder a la situación (Camras y Fatani, 2010; Izard, 2011), o ya comienzan a regular o controlar sus expresiones. Así, la expresión de emociones es rápidamente enmascarada, regulada o controlada por los niños durante el segundo año de vida, y están sujetas a la influencia de la cultura y la socialización (Lewis, 2010). Se entiende la socialización como el proceso a través del cual una expresión difusa se transforma a un modo de expresar una emoción más discreta (por ejemplo, rabia), donde además se regula la intensidad de dicha expresión (Holodynski y Friedlmeier, 2006). Por ejemplo, en el llanto, los niños son rápidamente socializados por sus padres para no llorar cuando están en una situación de necesidad o malestar (Lewis, 2010).

La intensidad de la expresión emocional también presenta cambios evolutivos, pero su variación depende tanto de la edad del niño, como de la cultura en la que está inserto, y de la emoción estudiada. Por ejemplo, estudios respecto a la rabia y el miedo muestran que la intensidad emocional es menor en infantes de 7-8 meses comparado con infantes de 9-13 meses (Losonczy-Marshall, 2008), mientras que otros estudios muestran una disminución en la intensidad de las emociones negativas entre la etapa preescolar, escolar (Morris et al., 2011) y a lo largo de toda la vida (Carstensen et al., 2000). En cambio, las emociones positivas suelen mantenerse estables en su intensidad a lo largo de la vida (Carstensen et al., 2000), lo cual es coherente con el estudio longitudinal de Losonczy-Marshall (2014), el cual no encontró cambios significativos en la intensidad de la expresión emocional en infantes de 1, 2 y 3 años.

Lo anterior resulta relevante puesto que la expresividad emocional es una capacidad importante para el funcionamiento saludable de los seres humanos, tanto en aspectos psicológicos individuales como en ámbitos sociales (Dobbs et al., 2007). Desde que un niño nace, los gestos y las expresiones faciales demuestran el placer y la incomodidad según los estímulos del ambiente al que se ven sometidos y de acuerdo con las necesidades interiores que experimentan (hambre o sueño, entre otras). Son justamente las expresiones faciales y su intensidad lo que permite inferir dichas necesidades en los lactantes por parte de los cuidadores, lo que va delimitando la trayectoria vital del infante (Muzard et al., 2017). En consecuencia, las expresiones faciales pueden ser entendidas como adaptativas, y juegan un papel muy importante pues expresan las necesidades del bebé, asimismo logran provocar respuestas en sus cuidadores (Mesman et al., 2012), y permiten que los mismos infantes en las diferentes circunstancias moldeen la expresión emocional hacia formas socialmente apropiadas de funcionamiento en una cultura en específico (Trommsdorff y Cole, 2011). En consecuencia, la expresividad emocional ha sido reconocida desde una visión ontogenética como una adaptación biológica crucial para la supervivencia del infante, junto con permitirle tener un desarrollo normal (Kohut et al., 2012; Oster, 2005). Además de que las expresiones emocionales en la infancia serían precursoras de las expresiones emocionales adultas (Oster, 2005).

Entre los beneficios de la expresividad emocional, se han destacado aquellos relacionados con mejores relaciones interpersonales, una mayor autoestima y satisfacción con la vida (Kang et al., 2003), beneficios académicos (Burns y Friedman, 2012) y para el ajuste escolar (Herndon et al., 2013), y beneficios para la salud física (Dobbs et al., 2007). En cambio, una baja expresividad emocional se ha asociado con un comportamiento sumiso (Akin et al., 2012) y con diversos trastornos psiquiátricos tales como esquizofrenia, trastorno límite de personalidad y trastornos del espectro autista, entre otros (Charbonneau et al., 2013; Domes et al., 2006; Krakowski et al., 2016).

La expresividad emocional también juega un rol importante en las interacciones sociales y en la intención de comunicación. De los gestos de expresión facial, aquellos que son más visibles, como los movimientos de cejas y boca, permiten reconocer que quien está expresando la emoción es alguien en quien se puede confiar y que cualquier señal que le siga es importante para el receptor en el contexto de comunicación (Frith, 2009) e incluso para una adecuada interacción social (Revueltas et al., 2016), permitiendo así adecuar la conducta a diferentes situaciones sociales (Tortello y Becerra, 2017).

En consecuencia, se hace relevante estudiar aquellos factores que den cuenta de las variaciones en la expresividad emocional de los niños, además de los aspectos evolutivos ya mencionados. Para ello, se deben tener en consideración características propias de los niños, como su sexo y su temperamento, así como características propias atribuibles a la cultura en la que habitan.

Respecto a las características propias del niño, el temperamento refiere a las diferencias constitucionales de reactividad y autorregulación entre los individuos, influenciadas por la herencia, maduración y la experiencia, que emergen a temprana edad en la infancia y que se mantienen relativamente estables a lo largo de la vida (Rothbart, 2012). La reactividad refiere a la tendencia de los individuos de experimentar y expresar emociones frente a estímulos, y la autorregulación está vinculada a los procesos utilizados para modular estas reacciones frente a los estímulos, es decir, la autorregulación modula la reactividad (Rothbart, 2012).

Actualmente se han planteado tres dimensiones como indicadores del temperamento (Putman et al., 2006). La primera de ellas es la dimensión de extraversión, la cual se caracteriza por altos niveles de actividad, el expresar el placer de manera más intensa y una mayor sociabilidad y relación con otros. La segunda es la dimensión de afecto negativo, la cual está marcada por mayores niveles de frustración, tristeza y miedo; esta dimensión se relaciona con los niveles de irritabilidad. Finalmente, está la dimensión de autorregulación, la cual se relaciona con la regulación de expresiones tanto conductuales como emocionales.

Entonces, en la medida que la reactividad y la autorregulación del individuo afectan su expresión emocional, puede esperarse que el temperamento de los niños pequeños se relacione con la intensidad de su expresión emocional. En esta línea, se ha planteado que las diferencias individuales en el temperamento son evidentes en las formas en la cuales los niños expresan y regulan sus emociones (MacNeill y Pérez-Edgar, 2019). Por ejemplo, un estudio realizado por Bassett (2016) encontró que aquellos niños con un temperamento caracterizado por alto afecto negativo (lo cual indica más irritabilidad) tendían a mostrar respuestas más disfóricas y con una

menor expresión de emociones positivas asertivas. Por ello, se sugiere que es a través de las habilidades de regulación emocional el que el temperamento infantil llega a influir en las competencias sociales que los niños desarrollen (Calkins y Mackler, 2011).

Otro aspecto del infante que puede influir en su expresividad emocional es su sexo, ya que se ha observado que ante el mismo evento, niñas y niños reaccionan de manera diferente (Nelson y Fivush, 2004; Nieto y Delgado, 2006). En un meta-análisis, Chaplin y Aldao (2013) encontraron diferencias entre sexos en cuanto a expresión emocional, con las niñas expresando más emociones positivas y emociones negativas internas que los niños, y estos últimos expresando más emociones externalizadas como la ira. Estas diferencias variaban de acuerdo con la edad, no encontrándose diferencias en los primeros meses de vida, pero sí hacia los 18 meses, siendo atribuidas tanto a un efecto de socialización como a la existencia de factores biológicos innatos a cada sexo que se desarrollan para expresarse claramente a cierta edad (Chaplin y Aldao, 2013). Por su parte, Manstead y Oatley (2000) plantean que es la cultura la que moldea la expresividad emocional de los infantes de acuerdo con los estereotipos de género específicos y limita ciertas respuestas de acuerdo con el sexo. Es así como al género femenino se le enseña a no manifestar agresividad y expresar emociones como felicidad, calidez y apoyo, mientras que para los varones es válido expresar agresividad, pero no es aceptable el llanto, la pena, el miedo, y otras emociones disfóricas.

Esta socialización de la expresividad emocional de acuerdo con el sexo de los niños ocurre desde temprana edad. Estudios han mostrado cómo los padres prestan más atención, y por tanto refuerzan, la expresión de emociones más sumisas en sus hijas (por ejemplo, la pena), mientras que en sus hijos prestan más atención a emociones disarmonicas (por ejemplo, la rabia) (Chaplin et al., 2005). Lo anterior lleva a que desde temprana edad se haya observado que las niñas demuestran más emociones positivas y más emociones negativas internalizantes (pena, ansiedad) que los niños, mientras estos últimos expresan más emociones negativas externalizantes (rabia), diferencias que se van acentuando con el paso del tiempo en la etapa escolar y la adolescencia (Chaplin y Aldao, 2013).

En relación a los aspectos culturales y sociales, la socialización de las expresiones emocionales y su intensidad comienza desde la temprana infancia, y puede verse influida por factores externos, principalmente la cultura y pautas sociales en las que se encuentra inmerso el infante. La cultura influye en el abanico de respuestas emocionales que presentan los niños a través de valores, expectativas y enseñanza de comportamientos culturalmente dominantes que varían entre países. También, estos mismos valores y expectativas dan lugar a diferencias de género culturalmente organizadas que pueden influir en la expresividad emocional e intensidad con la que se manifiestan las respuestas emocionales (Farkas y Valloton, 2016).

De acuerdo con Corrales (2011) el entorno moldea la expresión e intensidad de las emociones de los niños de acuerdo a sus reglas o prescripciones culturales, lo que es aceptable o inaceptable en ese grupo social particular. A través del proceso de socialización emocional que el entorno ejerce sobre los niños, estos van modificando sus formas de expresar sus emociones y regulando la intensidad de dicha expresión, hacia expresiones emocionales más socialmente aceptables.

Hofstede (2001) sugiere una forma de categorizar países y culturas según factores como distancia jerárquica, grado de individualismo-colectivismo y masculinidad-feminidad. Otros autores utilizan su categorización y plantean que en las culturas consideradas como más individualistas (por ejemplo Estados Unidos y Europa) se acepta una mayor intensidad en la expresión de emociones, mientras que en culturas de tipo más colectivista (por ejemplo culturas asiáticas) las personas inhiben sus expresiones emocionales en pos del bienestar general (Fernández et al., 2001). En esta línea, Keller y Otto (2009) informan que en culturas del este de Asia se promueve explícitamente el expresar menos emociones como una forma de mantener el bienestar del grupo, lo contrario a las culturas euro-americanas quienes expresarían sus emociones sin importar la presencia de otros. Así, en culturas asiáticas la expectativa de un “buen niño” es que este no exprese emociones, especialmente aquellas de valencia negativa; mientras que en países europeos como Alemania, el cuidado de los niños estaría enfocado en generar y mantener emociones positivas (Keller y Otto, 2009).

Los países de América latina se caracterizan también por ser más colectivistas, por lo que igualmente se esperaría observar en ellas el que las personas inhiban sus expresiones emocionales en pos del bienestar general (Fernández et al., 2001). Estos países se caracterizan además por una mayor distancia de poder, lo cual redundaría en una mayor valoración de la conformidad y obediencia, en respetar a las autoridades, y en un mayor autocontrol en relación con la exhibición extrema de emociones (Hofstede, 2001; Smith y Bond, 1993). Esta menor expresividad se daría especialmente en relación con las emociones negativas, pues se interpretan como una amenaza a la cohesión social, la cual tiene un valor mayor en relación al desarrollo individual, mientras que manifestar emociones positivas en exceso puede ser percibido como una falta de respeto o deferencia hacia la otra persona (Martin-Baró, 1998; Zubieta et al., 1998). En este sentido, Chile podría ser considerado un país con tendencias mayoritariamente colectivistas, situándose como una cultura de alta distancia de poder, un bajo individualismo y baja masculinidad (Fernández et al., 2001). Lo anterior permite esperar que la socialización de la expresión emocional en los niños chilenos fomente una expresión de emociones positivas y negativas de intensidad moderada (Fernández et al., 2001).

## El presente estudio

El primer objetivo de este estudio consistió en analizar los cambios en el tiempo en la capacidad de expresar emociones de placer y frustración así como en su intensidad, en niños y niñas chilenos en cuatro edades distintas (12, 18, 24, y 30 meses). Para este objetivo, se hipotetizaba observar una disminución en la expresividad emocional de los niños (frecuencia e intensidad) con el paso del tiempo, especialmente en la expresión de frustración. Ello a raíz de que Chile ha sido caracterizado como un país relativamente colectivista (Fernández et al., 2001), donde los niños serían socializados para ser menos expresivos tanto en sus emociones negativas como positivas (Fernández et al., 2001; Zubieta et al., 1998). Además, evolutivamente se ha observado que los niños muestran una disminución en la intensidad de las emociones negativas en la medida que van creciendo (Carstensen et al., 2000; Morris et al., 2011).

Un segundo objetivo específico fue evaluar si el temperamento y el sexo tenían un efecto sobre las trayectorias de cambio tanto en la capacidad de expresar dichas emociones como en su intensidad. Considerando los estudios realizados en el sexo y temperamento de los niños, la hipótesis a la base era que las trayectorias de cambio en la frecuencia e intensidad de la expresión emocional de los niños serían diferentes para ambas variables. Específicamente, se esperaba observar una mayor disminución en la expresividad emocional en las niñas en comparación a los niños, especialmente en la expresión de la frustración (Chaplin y Aldao, 2013; Manstead y Oatley, 2000). Este mismo resultado se esperaba encontrar para los niños con un temperamento donde predominara un alto afecto negativo y/o una baja regulación (Bassett, 2016; Slobodskaya y Kozlova, 2016).

## Método

### Diseño

El diseño utilizado fue de tipo descriptivo, comparativo y longitudinal. A partir de una metodología cuantitativa, se describió la presencia e intensidad de la expresión emocional de placer y frustración de niños chilenos en cuatro edades distintas (12, 18, 24 y 30 meses), y se compararon posibles diferencias en estas expresiones de acuerdo con su temperamento y sexo.

### Participantes

Se utilizó una muestra de 99 casos compuesta por 57 niños (57.6%) y 42 niñas (42.4%), de nacionalidad chilena, de distinto nivel socioeconómico (NSE bajo 55.6%, NSE medio 23.2% y NSE alto 21.2%, de acuerdo al índice ESOMAR que combina el nivel educacional y ocupacional del principal sostenedor del hogar; Adimark, 2000) y todos asistentes a salas cuna, ya sea públicas (64.6%) o privadas (35.4%). En la medición 1 los niños tenían una edad promedio de 12.05 meses ( $D.E. = 1.34$ , rango 10-15). En la medición 2 su edad promedio fue de 17.45 meses ( $D.E. = 1.26$ , rango 16-20), 23.70 meses para la medición 3 ( $D.E. = 1.51$ , rango 22-28), y de 29.34 para la medición 4 ( $D.E. = 1.24$ , rango 27-33). El reporte de los niños fue dado por sus madres, cuya media de edad fue de 27.28 años ( $D.E. = 6.70$ , rango de 18 a 44 años). Un 20% de ellas tenía escolaridad incompleta, y de aquellas que habían completado su escolaridad, un 15.4% contaba con una formación técnica y un 31.9% con una formación universitaria. Un 20.9% no estaba trabajando, al inicio del estudio.

Los criterios de inclusión consistieron en que los niños fueran de nacionalidad chilena y que asistieran a sala cuna. Fueron excluidos aquellos niños y niñas con trastornos severos del desarrollo.

### Instrumentos

*Cuestionario sociodemográfico (Farkas et al., 2011).*

Cuestionario desarrollado por el equipo de investigación y respondido por el apoderado del niño. Este cuestionario recoge datos del niño (edad, sexo, tipo de parto, peso al nacer), de los padres (edad, nacionalidad, nivel educacional) y de la familia (NSE, cuidador principal, tipo de hijo). Para efectos de este estudio se



utilizaron los datos referidos a sexo y edad del niño en las cuatro mediciones, así como datos para la caracterización de la muestra.

*Infant Behavior Questionnaire Revised, Very Short Form (IBQ-R-VSF)*  
(Putnam et al., 2014).

Reporte de los padres respecto a una amplia variedad de conductas del niño(a). Consta de 37 ítems, los cuales evalúan la frecuencia de diferentes tipos de conducta relacionadas al temperamento del niño durante los últimos 7 días previos a la aplicación, a partir de una escala Likert de 7 puntos donde 1 = Nunca y 7 = Siempre. En este cuestionario, los ítems se agrupan en tres dimensiones del temperamento: extraversión, afecto negativo y autorregulación. El IBQ-R-VSF ha reportado tener una adecuada consistencia interna, con un Alfa de Cronbach entre .68 y .92 para extraversión, entre .72 y .88 para afecto negativo, y entre .71 y .82 para autorregulación, y valores de test-retest de .64 para extraversión, .88 para afecto negativo, y .70 para autorregulación (Putnam et al., 2014). Para efectos de este estudio se consideraron los puntajes obtenidos para cada una de las dimensiones (extraversión, afecto negativo y autorregulación) cuando el niño tenía 12 meses. La confiabilidad obtenida para este estudio con Alfa de Cronbach fue de .70 para extraversión, .75 para afecto negativo, y .71 para autorregulación.

*Evaluación de la intensidad de la expresividad emocional (Farkas y Valloton, 2016).*

Este instrumento evalúa la intensidad con la cual los niños expresan las emociones de placer y frustración. Tiene distintas formas según la edad del niño. Cada forma usa cuatro tareas estructuradas, dos para provocar placer y dos para generar frustración. Por ejemplo, para los niños de 10-12 meses las tareas que buscaban elicitación de placer eran (a) poner tres cubos dentro de una taza, y (b) botar una torre de 5 cubos. Las tareas que buscaban generar frustración eran (c) tratar de sacarse los mitones de las manos, y (d) tratar de coger unos palillos delgados con los mitones puestos, para tocar un tambor. La situación completa dura entre 10 y 15 minutos, se graba y se analiza posteriormente. Durante el análisis se elige la expresión más intensa para placer y la más intensa para frustración, las cuales son codificadas con una rúbrica que contempla cinco gestos faciales y ocho corporales, en la que se marca presencia o ausencia de dicho gesto, para luego sumar los puntajes para obtener un puntaje total. Un mayor puntaje total indica una mayor intensidad, donde más partes de la cara y/o del cuerpo están involucradas. Para este estudio se consideraron (a) la presencia/ausencia de expresión de placer/frustración y (b) los puntajes totales en la intensidad para expresión de placer y frustración. Los videos fueron codificados por un equipo de 7 codificadores independientes, previamente entrenados. La confiabilidad inter-jueces se calculó mediante correlaciones con un master-code, el cual fue elaborado por dos investigadoras del equipo que construyeron el instrumento y su manual de codificación, obteniéndose porcentajes de acuerdo de .87 a .96 para gestos faciales, y .95 a .98 para gestos corporales.

## Procedimiento

En el estudio original se estableció contacto con las salas cunas con el fin de obtener la autorización para aplicar el estudio. Posteriormente, se contactó a los apoderados

de los niños. A aquellos apoderados que aceptaron participar se les pidió que firmaran una carta de consentimiento informado y posteriormente respondieron el cuestionario sociodemográfico. Las evaluaciones se realizaron en dependencias de la sala cuna. El niño o niña fue evaluado siempre en presencia de un adulto cercano, y previo su evaluación se le solicitó su asentimiento verbal en la medida de lo posible. La situación fue filmada y posteriormente codificada, por un equipo de codificadores previamente entrenados. Cabe mencionarse que el estudio fue previamente revisado y validado por dos comités de ética. A los padres de los niños se les explicó sus derechos como participantes, y se tomaron distintas precauciones para velar por la confidencialidad de los datos. Para el presente estudio se hizo una limpieza de la base de datos obtenida, conservando solo las variables relevantes para los objetivos del estudio (temperamento a los 12 meses, intensidad de expresión emocional de placer y frustración en todas las mediciones, presencia de expresión emocional y datos demográficos).

## Análisis de los datos

El análisis estadístico se realizó utilizando los programas R-Studio y SPSS. Se emplearon inicialmente análisis descriptivos y de frecuencia para la caracterización de la muestra y de las variables del estudio. Posteriormente, se procedió a comparar la expresión emocional de los niños entre las cuatro mediciones, considerando tanto la capacidad de expresar placer y frustración como la intensidad de la expresión. Para ello, se utilizaron análisis de Chi Cuadrado y ANOVA de mediciones repetidas. Además, se realizó una prueba post hoc de Tukey para identificar dónde específicamente se daban los cambios.

A continuación, se buscó analizar si las diferencias entre las mediciones se relacionaban con el sexo y el temperamento de los niños. Para ello, se realizó inicialmente un análisis de cluster para analizar la posible creación de perfiles, considerando dichas variables. Una vez creados los perfiles se repitieron los análisis comparativos entre las cuatro mediciones para la frecuencia de expresión e intensidad de placer y frustración, segmentando para cada perfil, con las pruebas de chi cuadrado y ANOVA.

## Resultados

### *Análisis descriptivos de las variables del estudio*

En relación a la expresividad emocional de los niños, se observó que un 91% de los niños expresaba placer en la primera medición, disminuyendo a un 85% en la segunda, continuando con un 83% en la tercera y 88% en la cuarta. Por otra parte, un 88% de los niños expresó frustración en la primera medición, disminuyendo a un 68.5% en la segunda, continuando con un 54% en la tercera y un 48.5% hacia la cuarta (ver Figura 1).

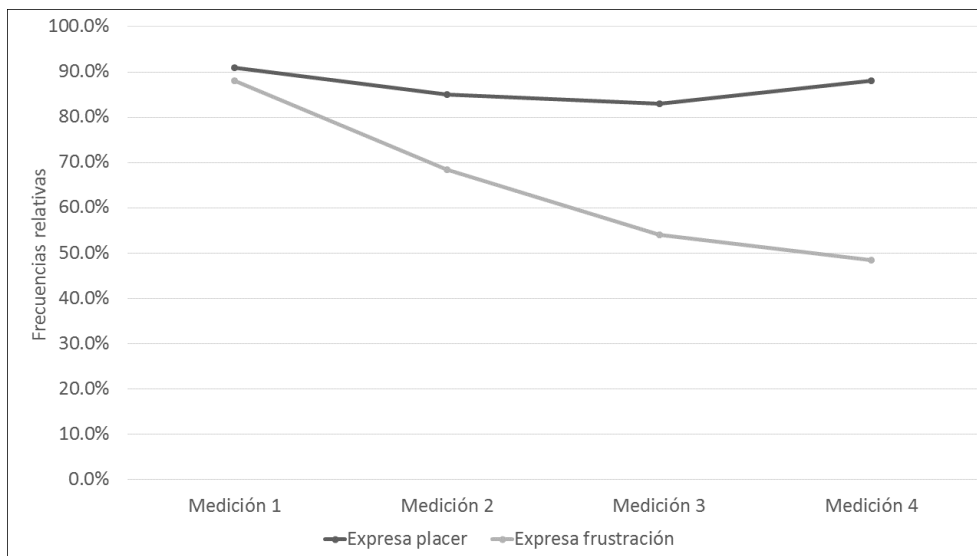


Figura 1. Distribución de la frecuencia relativa de expresión de placer y frustración en las cuatro mediciones.

El análisis descriptivo de la intensidad de expresividad de placer entregó una media de 3.9 para la primera medición (*D.E.* = 1.54), de 3.05 en la segunda (*D.E.* = 1.59), 2.49 en la tercera (*D.E.* = 1.8) y de 2.6 en la cuarta (*D.E.* = 1.96). Por otro lado, el mismo análisis aplicado a la intensidad de la expresividad de frustración entregó en la primera medición una media de 4.98 (*D.E.* = 1.77), en la segunda de 4.7 (*D.E.* = 2), en la tercera una de 3.6 (*D.E.* = 1.76) y en la cuarta una de 2.79 (*D.E.* = 1.9) (ver Figura 2).

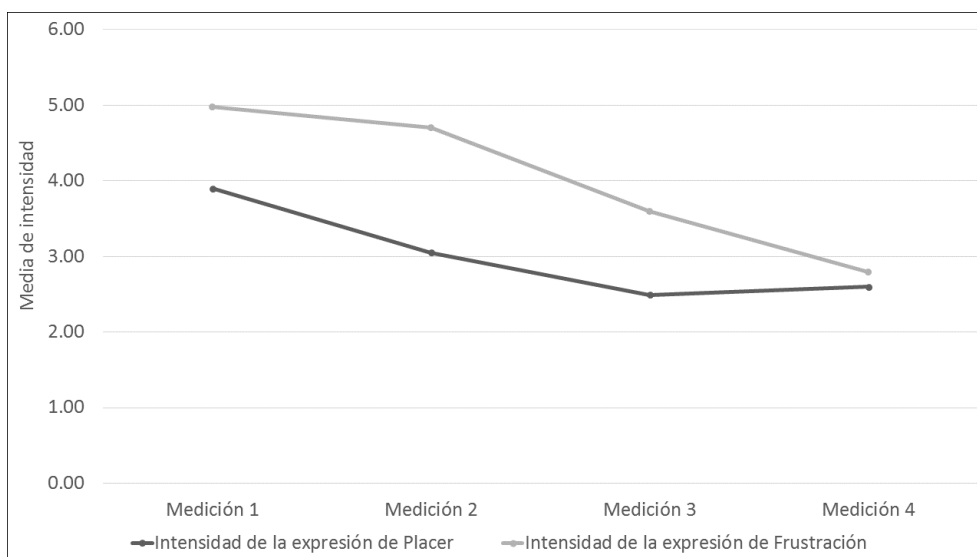


Figura 2. Distribución de la intensidad de la expresión de placer y frustración en las cuatro mediciones

Finalmente, respecto a las tres dimensiones del temperamento evaluados en la primera medición, la media en extraversión de los niños evaluados fue de 5.56, la media en afecto negativo fue de 4.25 y en autorregulación la media fue de 5.39 (ver Tabla 1).

### Análisis del cambio de la expresividad emocional de los niños en cuatro mediciones

Para analizar si había diferencias entre las cuatro mediciones en la frecuencia de niños que expresaban placer y frustración se realizaron análisis de chi cuadrado. Luego, para analizar posibles diferencias en la intensidad de expresión de placer y frustración, se realizaron análisis de ANOVA.

En relación a la expresión de placer en los niños, no se observaron diferencias en la frecuencia de niños que manifestaban dicha emoción entre las cuatro mediciones, pero sí diferencias en la intensidad de la expresión ( $F_{(3, 292)} = 11.33, p < .001$ ). Posteriores análisis post-hoc revelaron diferencias significativas entre la primera medición y las siguientes (*Tukey* = 0.85,  $p = .009$  para medición 2; *Tukey* = 1.41,  $p < .001$  para medición 3; *Tukey* = 1.30,  $p < .001$  para medición 4), indicando una disminución en la intensidad de la expresión de placer entre la primera medición y las restantes.

En cuanto a la expresión de frustración, se observaron diferencias en la frecuencia de expresión ( $\chi^2(3) = 36.041, p < .001$ ), es decir, disminuía la cantidad de niños que expresaba frustración con el paso del tiempo. Además, se observaron diferencias significativas en la intensidad de la expresión ( $F_{(3, 222)} = 14.29, p < .001$ ). Posteriores análisis post-hoc mostraron una disminución significativa en la intensidad entre la medición 1 y las mediciones 3 (*Tukey* = 1.38,  $p < .001$ ) y 4 (*Tukey* = 2.19,  $p < .001$ ), y entre la medición 2 y las mediciones 3 (*Tukey* = 1.11,  $p = .014$ ) y 4 (*Tukey* = 1.92,  $p < .001$ ) (ver Figura 2).

	Mínimo	Máximo	Media	D.E.
Extraversión	3.54	7.00	5.56	0.72
Afecto negativo	1.57	6.50	4.25	1.02
Regulación	3.71	6.55	5.39	0.66

Nota. N= 99.

Tabla 1. Estadísticos descriptivos del temperamento en la primera medición

### Identificación de perfiles

Además de ver si había diferencias en la capacidad de los niños de expresar placer y frustración, así como en su intensidad, en estos distintos momentos, otra pregunta del estudio fue si las variables del sexo y del temperamento infantil guardaban relación con el cambio en el tiempo observado en la variable en estudio. Para ello, se procedió a realizar un análisis de cluster para identificar posibles perfiles entre el sexo y temperamento.

El análisis realizado arrojó cinco grupos, demostrando los conglomerados una buena cohesión y separación. El perfil 1 y 2 corresponden a infantes de sexo femenino y masculino respectivamente, y con un nivel esperado para las tres dimensiones de temperamento. El perfil 3 se caracterizó por infantes de ambos sexos con baja autorregulación, el perfil 4 por niños de ambos sexos con alto afecto negativo, y finalmente el perfil 5 por niños de ambos sexos con baja extraversión (ver Tabla 2).

	Perfiles				
	1(TEF)	2(TEM)	3(BReg)	4(AAfNeg)	5(BExt)
Porcentaje muestra	28.30%	31.3%	14.10%	14.10%	12.10%
Temperamento (descriptivos)	M (DS)	M (DS)	M (DS)	M (DS)	M (DS)
-Extraversión	5.81 (.56)	5.78 (.56)	4.93 (.75)	6.01 (.48)	4.61 (.22)
-Afecto negativo	3.96 (.95)	3.88 (.86)	4.33 (.82)	5.79 (.34)	4.00 (.59)
-Regulación	5.7 (.49)	5.61 (.46)	4.25 (.32)	5.56 (.49)	5.26 (.46)
Sexo (frecuencia)	%	%	%	%	%
-Femenino	100	0	35.7	35.7	33.3
-Masculino	0	100	64.3	64.3	66.7

Nota. El análisis arroja la división de los perfiles de acuerdo con su característica principal del temperamento, o por sexo del conglomerado. TEF: temperamento esperado en niños de sexo femenino. TEM: temperamento esperado en niños de sexo masculino. BReg: niños y niñas con baja autorregulación. AAfNeg: niños y niñas con alto afecto negativo. BExt: niños y niñas con baja extraversión.

Tabla 2. Estadísticos descriptivos de los cinco perfiles o cluster

El análisis realizado arrojó cinco grupos, demostrando los conglomerados una buena cohesión y separación. El perfil 1 y 2 corresponden a infantes de sexo femenino y masculino respectivamente, y con un nivel esperado para las tres dimensiones de temperamento. El perfil 3 se caracterizó por infantes de ambos sexos con baja autorregulación, el perfil 4 por niños de ambos sexos con alto afecto negativo, y finalmente el perfil 5 por niños de ambos sexos con baja extraversión (ver Tabla 2).

### Análisis del cambio de las expresiones emocionales de placer y frustración entre las mediciones considerando los perfiles

Nuevamente no se apreciaron diferencias en la frecuencia de niños que manifestaban placer entre las cuatro mediciones, al considerar cada perfil por separado. No obstante, sí se observaron diferencias en la intensidad de dicha expresión, con disminuciones significativas y de tamaño medio del efecto para los niños con perfiles BReg ( $F_{(3,36)} = 6.56, p < .001, \eta^2 = .35$ ), BExt ( $F_{(3,88)} = 4.58, p = .010, \eta^2 = .32$ ) y AAfNeg ( $F_{(3,45)} = 4.74, p = .006, \eta^2 = .24$ ). Las niñas que correspondían al perfil TEF también mostraron una disminución significativa aunque de tamaño pequeño ( $F_{(3,78)} = 4.86, p = .004, \eta^2 = .16$ ), mientras que los niños del perfil TEM no

mostraron cambio significativo en el tiempo (ver Tabla 3 y Figura 3).

En cuanto a la expresión de frustración, se apreciaron diferencias en la frecuencia de niños, disminuyendo la cantidad de niños que expresaba frustración con el paso del tiempo, en los perfiles TEF ( $\chi^2(3) = 13.08, p = .004$ ), TEM ( $\chi^2(3) = 10.20, p = .017$ ) y BReg ( $\chi^2(3) = 9.38, p = .025$ ) (ver Tabla 3 y Figura 4). Además, se observaron diferencias en la intensidad de dicha expresión, con disminuciones significativas y de tamaño medio del efecto para los niños con perfiles AAfNeg ( $F_{(3, 29)} = 4.93, p = .007, \eta^2 = .34$ ) y TEF ( $F_{(3, 60)} = 5.45, p = .002, \eta^2 = .21$ ). Los niños que correspondían al perfil TEM también mostraron una disminución significativa aunque de tamaño pequeño ( $F_{(3, 69)} = 5.29, p = .002, \eta^2 = .19$ ), mientras que los niños de los perfiles BReg y BExt no mostraron cambios significativos en el tiempo (ver Tabla 3 y Figura 5).

	Medición 1	Medición 2	Medición 3	Medición 4	Sig.
<b>Porcentaje expresa placer</b>					
1 (TEF)	89.3%	76.9%	83.3%	85.0%	n.s.
2 (TEM)	93.5%	96.2%	83.3%	85.7%	n.s.
3 (BReg)	85.7%	76.9%	63.6%	100%	n.s.
4 (AAfNeg)	92.9%	100%	100%	100%	n.s.
5 (BExt)	91.7%	72.7%	81.8%	71.4%	n.s.
<b>Porcentaje expresa frustración</b>					
1 (TEF)	89.3%	61.5%	66.7%	40.0%	<.05
2 (TEM)	83.9%	84.6%	54.2%	57.1%	<.05
3 (BReg)	92.9%	61.5%	36.4%	50.0%	<.05
4 (AAfNeg)	85.7%	61.5%	53.8%	50.0%	n.s.
5 (BExt)	91.7%	63.6%	45.5%	42.9%	n.s.
–	M(DE)	M(DE)	M(DE)	M(DE)	
<b>Intensidad placer</b>					
1 (TEF)	4.00(1.607)	2.65(1.461)	2.60(1.759)	2.41(1.460)	<.05
2 (TEM)	3.97(1.592)	3.32(1.376)	2.90(2.337)	3.67(2.473)	n.s.
3 (BReg)	3.83(1.403)	4.60(2.066)	1.63(1.408)	2.10(1.792)	<.05
4 (AAfNeg)	3.85(1.463)	2.85(1.214)	2.08(1.256)	2.00(1.633)	<.05
5 (BExt)	3.64(1.748)	1.63(0.518)	2.67(1.414)	1.60(0.894)	<.05
<b>Intensidad frustración</b>					
1 (TEF)	5.24(2.067)	4.69(1.537)	3.33(1.877)	2.88(1.356)	<.05
2 (TEM)	4.58(1.677)	5.23(2.349)	3.92(1.553)	2.67(1.435)	<.05
3 (BReg)	5.31(1.109)	4.25(1.982)	3.75(1.500)	3.40(3.782)	n.s.
4 (AAfNeg)	4.58(1.832)	5.00(1.512)	2.63(1.188)	2.60(1.517)	<.05
5 (BExt)	5.36(1.859)	3.29(1.976)	5.00(2.345)	2.33(2.309)	n.s.

Tabla 3. Estadísticos descriptivos de los cinco perfiles según frecuencia e intensidad de expresión

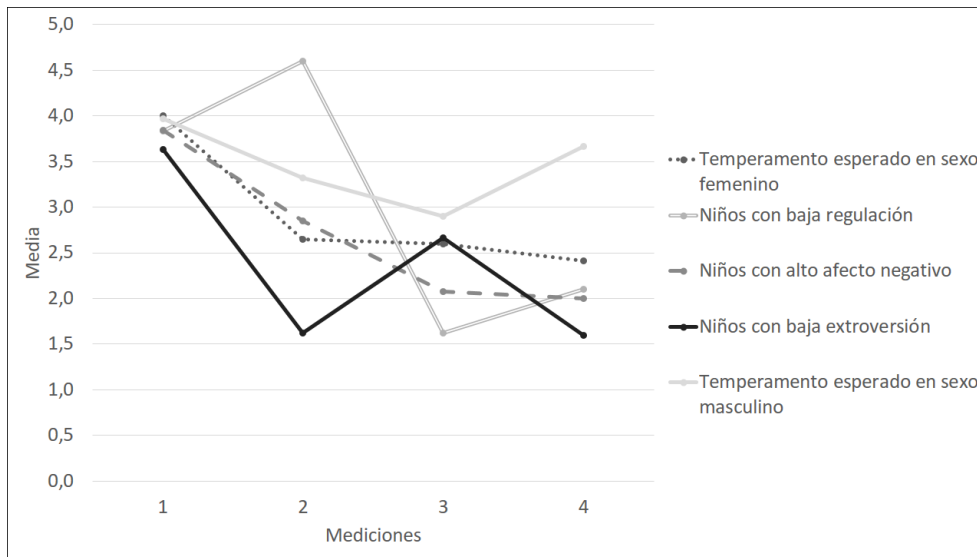


Figura 3. Distribución de la intensidad de placer según perfiles y medición

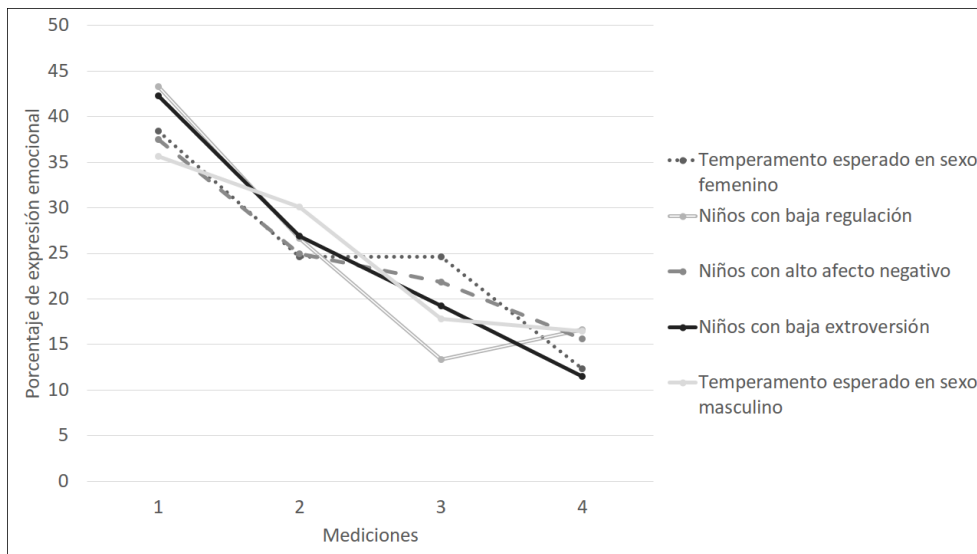


Figura 4. Frecuencia de expresión emocional de frustración según perfiles y medición

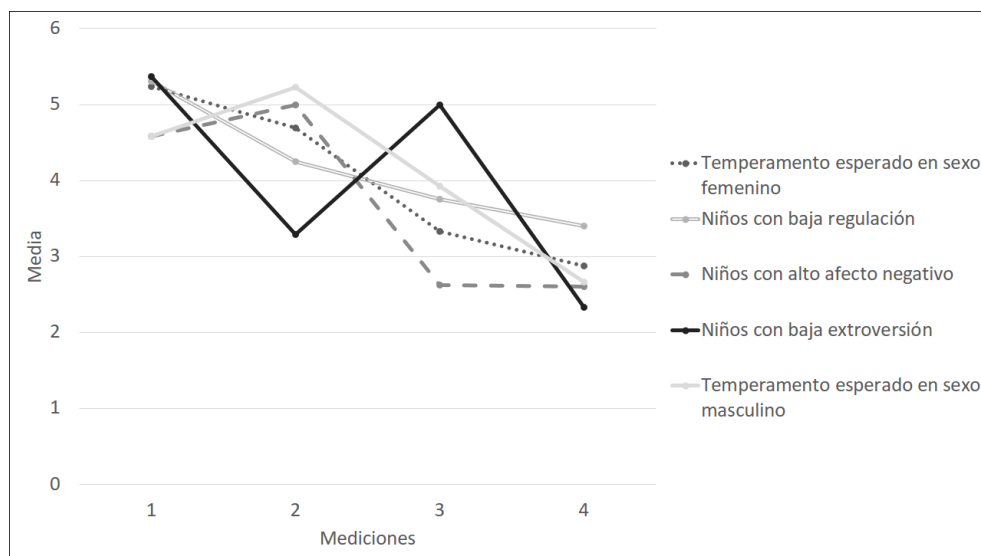


Figura 5. Distribución de la intensidad de frustración según perfiles y medición

## Discusión

El primer objetivo del presente estudio fue identificar la existencia de cambios en la capacidad de expresar placer y frustración en niños chilenos, esto tanto en la expresión de dichas emociones como en la intensidad de las mismas, a través de cuatro edades en el tiempo (12, 18, 24, 30 meses).

Respecto al primer objetivo, se hipotetizaba una disminución de la expresividad emocional de placer y frustración, sobre todo en cuanto a frustración. Los resultados confirmaron parcialmente la hipótesis, ya que pese a lo esperado, no se observaron cambios en la frecuencia de niños que expresaban placer entre los 12 y los 30 meses, pero sí se observó una disminución significativa en la intensidad con la que los niños expresaban esta emoción. Por otro lado, y de acuerdo a lo esperado, en cuanto a la frustración se observó una disminución significativa tanto en la frecuencia de niños que la expresaron, así como en la intensidad. Estos resultados son coherentes con resultados de otros estudios evolutivos que muestran que, si bien, las emociones positivas tienden a mantenerse relativamente estables, la intensidad en las emociones negativas a lo largo de la vida disminuye (Carstensen et al., 2000; Morris et al., 2011).

Estos resultados se podrían explicar desde las diferencias culturales que influyen de distinta manera en cómo se socializa la expresión de emociones en los niños. Dado que Chile es considerado un país con una cultura relativamente colectivista, es decir un país en el cual sus integrantes se preocupan de la identidad social más que de la personal (Han y Thomas, 2010; Hofstede, 2001), se entiende que sus integrantes tenderían a inhibir su expresividad emocional en virtud del bien colectivo (Fernández et al., 2001). Lo anterior explicaría la disminución de la intensidad de la expresión emocional de placer y frustración, donde la expresión intensa de las emociones en estos niños podría ser considerada como una conducta problemática, especialmente las emociones negativas, siendo inhibida por la cultura.



Para la emoción de frustración, esta inhibición social sería más intensa y desde más temprano, lo cual incidiría no sólo en una disminución de la intensidad, sino en que esta emoción se exprese o no se exprese. Ello se condice con los resultados de este estudio, donde se observa una disminución en la frecuencia de niños que expresan frustración, no así en los que expresan placer. Además, existe la necesidad de que el niño aprenda a autorregularse a temprana edad, lo cual tiene que ver tanto con la maduración como con elementos de la cultura específica, que también influye en una disminución de la intensidad de la expresión emocional (Corrales, 2011; Holodynski y Friedlmeier, 2006; Lewis, 2010).

Por otro lado, la expresión de placer podría estar sujeta a una valoración diferente en la sociedad, a partir de la cual no se censura la expresión misma sino más bien su intensidad, permitiéndose que los niños expresen placer mientras la intensidad se mantenga en niveles socialmente aceptables (Fernández et al., 2001). Esto explicaría los resultados respecto a la expresión de placer, que apuntan a una disminución de la intensidad entre mediciones, pero no de la frecuencia.

El segundo objetivo buscaba evaluar si el temperamento y el sexo del niño poseían un efecto sobre las trayectorias de cambio en frecuencia e intensidad de expresividad emocional a través de las cuatro edades medidas. Para facilitar la observación de diferencias en la capacidad de los niños para expresar placer/frustración y la intensidad con la que expresaban estas emociones según su sexo y su temperamento, se indagó inicialmente en posibles perfiles que relacionaran dichas variables. Los resultados mostraron una organización en perfiles que resalta dos características principales de éstos: por un lado, separa el sexo del infante como una variable, generándose dos perfiles donde lo predominante es el sexo femenino o masculino, mientras que el temperamento se encuentra en niveles promedio en sus distintas dimensiones (temperamento esperado en niñas y temperamento esperado en niños). Además, el análisis arroja perfiles separados por tres dimensiones dominantes del temperamento (baja extraversión, alto afecto negativo y baja autorregulación), en los cuales la variable sexo se reparte homogéneamente.

Considerando estos perfiles, se hipotetizaba que las trayectorias de cambio en la frecuencia e intensidad de la expresión emocional de los niños serían distintas para cada uno de ellos. Debido a que estos perfiles no habían sido descritos anteriormente por la literatura, la hipótesis era más bien de carácter exploratorio.

De acuerdo a lo hipotetizado, las trayectorias de cambio en la frecuencia e intensidad de la expresión emocional fueron diferentes para los distintos perfiles, indicando así que tanto el sexo como el temperamento del niño son variables que influyen en cómo su expresividad emocional va cambiando en el tiempo.

En cuanto a los perfiles diferenciados por tipos de temperamento, los niños con un perfil caracterizado por alto afecto negativo muestran una disminución significativa en la intensidad con que expresan placer y frustración entre las cuatro edades observadas. Se ha visto que niños con este tipo de temperamento suelen ser más intensos para expresar sus emociones, especialmente las negativas (Bassett, 2016), por lo cual podría inferirse que el proceso de socialización ejercería más presión para que repriman dichas expresiones y suavicen sus respuestas emocionales en general acorde a lo culturalmente esperado.

Los niños con un perfil caracterizado por baja extraversión solamente disminuyen la intensidad de su expresión de placer. Ello podría interpretarse en términos de que al ser estos niños más inhibidos, en la medida que van creciendo, su expresividad emocional continúa disminuyendo. Resulta interesante que este cambio no se advierte para la intensidad de frustración, pero al observar la última figura que muestra la trayectoria de cambio para estos niños, se percibe más bien labilidad en la intensidad de la expresión de frustración, con un peak en la intensidad a los dos años. Se sabe que los dos años de edad se caracterizan por un período de obstinación donde aumentan las conductas rebeldes, persistentes y con una mayor intensidad emocional negativa en los niños (Patterson, 1976; Smith et al., 2014), lo cual, de acuerdo a estos resultados, pareciera afectar más a este grupo de niños que a los otros grupos.

En cuanto a los niños con un perfil caracterizado por una baja regulación, se observa una disminución de intensidad de la expresión de placer, así como una disminución de la cantidad de niños que expresan frustración. Al igual que los grupos anteriores, no hay variación en la cantidad de niños que expresan placer, pues esta es una emoción más estable en el tiempo y no reprimida socialmente, pero sí disminuye la intensidad de dicha emoción. Ello podría entenderse como que estos niños, al tener menor regulación, inicialmente expresarían placer de forma más intensa, siendo el cambio de las emociones hacia expresiones más discretas el que provocaría que esta intensidad disminuyera en el tiempo. En cuanto a la frustración, al tener estos niños dificultad en la expresión de emociones por su tipo de temperamento, les costaría más regular la intensidad de la expresión de frustración, lo cual incide en que estos niños más bien opten por no expresarla.

En cuanto a la variable sexo (representada en dos perfiles con valores de temperamento promedio donde lo que se destaca es el sexo de los niños) se pudo apreciar que las niñas disminuían su intensidad para expresar placer, no así los niños. En cambio, ambos disminuían en frecuencia e intensidad para expresar frustración. Estos resultados son coherentes a lo esperado evolutivamente y a lo descrito en el primer objetivo del presente estudio donde se propone que el proceso de socialización regula desde temprana edad la intensidad de la expresión de emociones negativas, lo cual se vería en ambos grupos de niños sin importar su sexo. En cambio, en las emociones positivas que son menos reguladas socialmente, sí se observan diferencias por sexo, donde la disminución de la intensidad solo se observa en las niñas. Ello podría entenderse desde un estereotipo cultural que moldea la expresión emocional en el sexo femenino desde temprana edad, hacia emociones más sutiles y agradables socialmente (Chaplin y Aldao, 2013; Manstead y Oatley, 2000).

## Limitaciones y futuras investigaciones

Son limitaciones del presente estudio el pequeño tamaño muestral, el que esté constituida exclusivamente de infantes asistentes a sala cuna, y que solo viven en la ciudad de Santiago, no siendo una muestra representativa y presentando una distribución no aleatoria. Por lo tanto, los resultados deben ser tomados con cautela y no son generalizables a nivel nacional. Cabe además destacar que los niños que comienzan a asistir antes de los 12 meses a centros educativos suelen representar un pequeño porcentaje de la población infantil. Futuras investigaciones debieran

considerar muestras de mayor tamaño, incluyendo la de niños que no asisten a jardín infantil para estudiar si los resultados observados en este estudio se repiten.

Pese a las limitaciones mencionadas, cabe rescatar el valor de un estudio longitudinal, capaz de dar cuenta de cómo la variable analizada va evolucionando en el tiempo. Se logra configurar perfiles claros que combinan las características de sexo y temperamento de los niños y muestran la importancia de ver las características de los niños como variables combinadas, más que aisladas cada una por sí sola.

Futuros estudios podrían hacer un seguimiento de estos niños para ver cómo estos cambios continúan en edades posteriores. También, sería interesante indagar si estos perfiles se comportan igual en culturas diferentes a la realidad chilena. Además, incluir alguna variable de los padres resultaría interesante para dar cuenta de las diferencias e indagar en la relevancia de los vínculos en las relaciones padre-hijo dentro de la trayectoria de cambio en la expresividad emocional de los niños. Así por ejemplo, sería posible analizar la expresividad de los infantes en función de la sensibilidad de la madre/padre/cuidador(a) o incluso de los educadores(as).

Pese a las limitaciones de este estudio, sus resultados muestran la relevancia de contar con posibles iniciativas o programas a nivel estatal que apoyen el desarrollo emocional de los infantes durante los primeros años de vida, teniendo en cuenta diferencias que se dan entre los niños en sus aspectos de sexo y temperamento. Ello permitiría intervenciones más específicas considerando las características individuales de los niños, para el desarrollo de una adecuada expresión emocional.

En cuanto a jardines infantiles y salas cuna, capacitar e informar a los educadores(as) sobre estos temas sería fundamental. Además, dar énfasis en el currículum universitario de la importancia de la expresión emocional en infantes, y el rol de la expresión emocional en ellos. Esto, pues, son educadores(as) y padres/cuidadores quienes se encuentran en el entorno inmediato del infante, y quienes podrían cumplir el rol de facilitadores de la educación emocional de los niños.

Existen diversos factores que influyen en la expresividad emocional de los niños además de los aspectos evolutivos, factores culturales, factores de la crianza, características de los niños, y características de los cuidadores. Futuros estudios que sigan indagando en estos distintos factores aportarán más información para entender y apoyar la expresión de emociones en la infancia, así como sus beneficios para el desarrollo de los niños.

## Agradecimientos

Artículo de investigación que contó con la financiación otorgada por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico, FONDECYT, 1110087 y 1160110. La investigación contó con la revisión del Comité Asesor de Bioética de Fondecyt-Conicyt y del Comité Ético Científico de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

## Referencias

- Adimark (2000). *El nivel socioeconómico ESOMAR; Manual de aplicación*.  
[WWW.MICROWEB.CL/IDM/DOCUMENTOS/ESOMAR.PDF](http://WWW.MICROWEB.CL/IDM/DOCUMENTOS/ESOMAR.PDF)
- Akin, A., Satici, S. A., y Kayis, A. R. (2012) Emotional expressivity and submissive behavior. *Journal of Education and Instructional Studies in the World*, 2(1), 1-6.
- Burns, K. C., y Friedman, S. L. (2012). The benefits of emotional expression for math performance. *Cognition & Emotion*, 26(2), 245-251.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1080/02699931.2011.577564](https://doi.org/10.1080/02699931.2011.577564)
- Calkins, S. D., y Mackler, J. S. (2011). Temperament, emotion regulation, and social development. En M. K. Underwood y L. H. Rosen (Eds.), *Social development: Relationships in infancy, childhood, and adolescence* (pp. 44–70). Guilford Press.
- Camras, L. A., y Fatani, S. S. (2010). The development of facial expressions. Current Perspectives on infant emotions. En M. Lewis, J. M. Haviland-Jones y L. Feldman (Eds.), *Handbook of emotions* (3a ed., pp. 291-303). The Guilford Press.
- Carstensen, L. L., Pasupathi, M., Mayr, U., y Nesselroade, J. R. (2000). Emotional experience in everyday life across the adult life span. *Journal of Personality and Social Psychology*, 79(4), 644–655. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/0022-3514.79.4.644](https://doi.org/10.1037/0022-3514.79.4.644)
- Chaplin, T. y Aldao, A. (2013). Gender differences in emotion expression in children: A meta-analytic review. *Psychological Bulletin*, 139(4), 735-765.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1037/a0030737](https://doi.org/10.1037/a0030737)
- Chaplin, T. M., Cole, P. M., y Zahn-Waxler, C. (2005). Parental socialization of emotion expression: Gender differences and relations to child adjustment. *Emotion*, 5(1), 80-88. [HTTP://DX.DOI.ORG/10.1037/1528-3542.5.1.80](http://dx.doi.org/10.1037/1528-3542.5.1.80)
- Charbonneau, G., Bertone, A., Lepore, F., Nassim, M., Lassonde, M., Mottron, L., y Collignon, O. (2013). Multilevel alterations in the processing of audio–visual emotion expressions in autism spectrum disorders. *Neuropsychologia*, 51(5), 1002-1010. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.NEUROPSYCHOLOGIA.2013.02.009](https://doi.org/10.1016/j.neuropsychologia.2013.02.009)
- Charlesworth, W. R., y Kreutzer, M. A. (2006). Facial expressions of infants and children. En P. Ekman (Ed.), *Darwin and facial expression* (1a ed., pp. 91-168). Malor Books.
- Collier, G., y Collier, G. J. (2014). *Emotional expression*. Psychology Press.
- Corrales, E. (2011). El lenguaje no verbal: Un proceso cognitivo superior indispensable para el ser humano. *Revista Comunicación*, 20(1), 46–51.
- Dobbs, J. L., Sloan, D. M., y Karpinski, A. (2007). A psychometric investigation of two self-report measures of emotional expressivity. *Personality and Individual Differences*, 43(4), 693-702. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.PAID.2007.01.010](https://doi.org/10.1016/j.paid.2007.01.010)
- Domes, G., Winter, B., Schnell, K., Vohs, K., Fast, K., y Herpertz, S. C. (2006). The influence of emotions on inhibitory functioning in borderline personality disorder. *Psychological Medicine*, 36(8), 1163-1172.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1017/S0033291706007756](https://doi.org/10.1017/S0033291706007756)

- Farkas, C., Santelices, M. P., y Himmel, E. (2011). *Análisis desde una perspectiva evolutiva y cultural del uso de la comunicación gestual en infantes y pre-escolares, en la expresión y comprensión de los estados internos y su impacto en el desarrollo socio-emocional de los niños(as)*. Proyecto FONDECYT 1110087, Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.
- Farkas, C., y Valotton, C. (2016). Differences in infant temperament between Chile and the US. *Infant Behavior and Development*, 44, 208-218.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.INFBEH.2016.07.005](https://doi.org/10.1016/j.infbeh.2016.07.005)
- Fernández, I., Carrera, P., Sánchez, F. y Páez, D. (2001). Prototipos emocionales desde una perspectiva cultural. *Revista Española de Motivación y Emoción*, 4(8-9), 115-125.
- Frith, C. (2009). Role of facial expressions in social interactions. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 364(1535), 3453-3458.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1098/RSTB.2009.0142](https://doi.org/10.1098/rstb.2009.0142)
- Gaias, L. M., Räikkönen, K., Komsu, N., Gartstein, M. A., Fisher, P. A., y Putnam, S. P. (2012). Cross-cultural temperamental differences in infants, children, and adults in the United States of America and Finland. *Scandinavian Journal of Psychology*, 53(2), 119-128. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/J.1467-9450.2012.00937.X](https://doi.org/10.1111/j.1467-9450.2012.00937.x)
- Han, H. S., y Thomas, M. S. (2010). No child misunderstood: Enhancing early childhood teachers' multicultural responsiveness to the social competence of diverse children. *Early Childhood Education Journal*, 37(6), 469-476.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1007/S10643-009-0369-1](https://doi.org/10.1007/s10643-009-0369-1)
- Herndon, K. J., Bailey, C. S., Shewark, E. A., Denham, S. A., y Bassett, H. H. (2013). Preschoolers' emotion expression and regulation: Relations with school adjustment. *The Journal of Genetic Psychology*, 174(6), 642-663.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1080/00221325.2012.759525](https://doi.org/10.1080/00221325.2012.759525)
- Hofstede, G. (2001). *Culture's consequences: Comparing values behaviors, institutions and organizations across nations* (2a ed). SAGE.
- Holodynski, M., y Friedlmeier, W. (2006). *Development of emotions and their regulation: A socio-culturally based internalization model*. Kluwer Academic.
- Izard, C. E. (2011). Forms and functions of emotions: Matters of emotion-cognition interactions. *Emotion Review*, 3(4), 371-378.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1177/1754073911410737](https://doi.org/10.1177/1754073911410737)
- Kang, S. M., Shaver, P. R., Sue, S., Min, K. H., y Jing, H. (2003). Culture-specific patterns in the prediction of life satisfaction: Roles of emotion, relationship quality, and self-esteem. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 29(12), 1596-1608. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/0146167203255986](https://doi.org/10.1177/0146167203255986)
- Keller, H., y Otto, H. (2009). The cultural socialization of emotion regulation during infancy. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 40(6), 996-1011.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1177/0022022109348576](https://doi.org/10.1177/0022022109348576)

- Kohut, S. A., Riddell, R. P., Flora, D. B., y Oster, H. (2012). A longitudinal analysis of the development of infant facial expressions in response to acute pain: Immediate and regulatory expressions. *PAIN*, 153(12), 2458-2465.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.PAIN.2012.09.005](https://doi.org/10.1016/j.pain.2012.09.005)
- Krakowski, M. I., De Sanctis, P., Foxe, J. J., Hoptman, M. J., Nolan, K., Kamiel, S., y Czobor, P. (2016). Disturbances in response inhibition and emotional processing as potential pathways to violence in schizophrenia: a high-density event-related potential study. *Schizophrenia Bulletin*, 42(4), 963-974.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1093/SCHBUL/SBW005](https://doi.org/10.1093/schbul/sbw005)
- Kring, A. M., Smith, D. A., y Neale, J. M. (1994). Individual differences in dispositional expressiveness: development and validation of the Emotional Expressivity Scale. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66(5), 934-949.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1037/0022-3514.66.5.934](https://doi.org/10.1037/0022-3514.66.5.934)
- Lewis, M. (2010). The emergence of human emotions. En M. Lewis, J. M. Haviland-Jones, y L. Feldman (Eds.), *Handbook of emotions* (3a ed, pp. 304-319). The Guilford Press.
- Losonczy-Marshall, M. (2008). Age differences in intensity of emotional expression between younger and older infants. *Perceptual and Motor Skills*, 107(3), 800-810. [HTTPS://DOI.ORG/10.2466/PMS.107.3.800-810](https://doi.org/10.2466/pms.107.3.800-810)
- Losonczy-Marshall, M. (2014). Stability in temperament and emotional expression in 1- to 3-year-old children. *Social Behavior and Personality: An International Journal*, 42(9), 1421-1430. [HTTPS://DOI.ORG/10.2224/SBP.2014.42.9.1421](https://doi.org/10.2224/sbp.2014.42.9.1421)
- MacNeill, L. A., y Pérez-Edgar, K. (2019). Temperament and emotion. *The Encyclopedia of Child and Adolescent Development*, 1-12.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1002/9781119171492.WECAD180](https://doi.org/10.1002/9781119171492.wecad180)
- Martín-Baró, I. (1998). El fatalismo como identidad cognitiva. En I. Martín-Baró (Ed.), *Psicología de la liberación* (pp. 39-130). Trota.
- Manstead, A., y Oatley, K. (2000). *Gender and emotion: Social psychological perspectives*. Cambridge University Press.
- Mesman, J., Oster, H., y Camras, L. (2012). Parental sensitivity to infant distress: What do discrete negative emotions have to do with it? *Attachment and Human Development*, 14(4), 337-348.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1080/14616734.2012.691649](https://doi.org/10.1080/14616734.2012.691649)
- Morris, A. S., Silk, J. S., Morris, M. D., Steinberg, L., Aucoin, K. J., y Keyes, A. W. (2011). The influence of mother-child emotion regulation strategies on children's expression of anger and sadness. *Developmental Psychology*, 47(1), 213-225. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/A0021021](https://doi.org/10.1037/a0021021)
- Muzard, A., Kwon, A. Y., Espinosa, N., Vallotton, C. D., y Farkas, C. (2017). Infants' emotional expression: Differences in the expression of pleasure and discomfort between infants from Chile and the United States. *Infant and Child Development*, 26(6), 1-12. [HTTPS://DOI.ORG/10.1002/ICD.2033](https://doi.org/10.1002/icd.2033)

- Nelson, K., y Fivush, R. (2004). The emergence of autobiographical memory: a social cultural developmental theory. *Psychological Review*, 111(2), 486-511.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1037/0033-295X.111.2.486](https://doi.org/10.1037/0033-295X.111.2.486)
- Oster, H. (2005). The repertoire of infant facial expressions: An ontogenetic perspective. En J. Nadel y D. Muir (Eds.), *Emotional development* (pp. 261-292). Oxford University Press.
- Patterson, G. R. (1976). The aggressive child: Victim and architect of a coercive system. En E. J. Mash, L. A. Hamerlynck y L. C. Handy (Eds.), *Behavior modification and families* (pp. 267-316). Brunner/Mazel.
- Pérez Nieto, M. Á., y Redondo Delgado, M. M. (2006). Procesos de valoración y emoción: Características, desarrollo, clasificación y estado actual. *REME*, 9(22), 8-55.
- Putnam, S. P., Helbig, A. L., Gartstein, M. A., Rothbart, M. K., y Leerkes, E. (2014). Development and assessment of short and very short forms of the Infant Behavior Questionnaire-Revised. *Journal of Personality Assessment*, 96(4), 445-458. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/00223891.2013.841171](https://doi.org/10.1080/00223891.2013.841171)
- Revueltas, A., Pale, M., y Ramírez, M. J. (2016). Análisis del reconocimiento de la expresión facial emocional en niños y adolescentes mexicanos. *Revista de Psicología y Educación*, 15(1), 53-74.
- Rothbart, M. K. (2012). Advances in temperament. En M. Zentner y R. L. Shiner (Eds.). *Handbook of temperament*, (pp. 3-20). The Guilford Press.
- Slobodskaya, H. R., y Kozlova, E. A. (2016). Early temperament as a predictor of later personality. *Personality and Individual Differences*, 99, 127-132.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.PAID.2016.04.094](https://doi.org/10.1016/j.paid.2016.04.094)
- Smith, P. B., y Bond, M. H. (1993). *Social psychology across cultures*. Harvester.
- Smith, J. D., Dishion, T. J., Shaw, D. S., Wilson, M. N., Winter, C. C., y Patterson, G. R. (2014). Coercive family process and early-onset conduct problems from age 2 to school entry. *Development and Psychopathology*, 26(4 Pt 1), 917-932.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.1017/S0954579414000169](https://doi.org/10.1017/S0954579414000169)
- Sugg Basset, M. (2016). *Influences of temperament, symbolic gesture, and caregiver beliefs on infant emotional expression* [tesis de maestría inédita]. University of Arkansas.
- Tortello, C., y Becerra, P. C. (2017). ¿Cómo se estudian las emociones en los niños? Técnicas conductuales y fisiológicas para evaluar las respuestas emocionales durante la infancia. *Cuadernos de Neuropsicología*, 11(3), 1-20.  
[HTTPS://DOI.ORG/10.7714/CNPS/11.3.401](https://doi.org/10.7714/CNPS/11.3.401)
- Trommsdorff, G., y Cole, P. M. (2011). *Emotion, self-regulation, and social behavior in cultural contexts*. The Guilford Press.
- Zubieta, E., Fernández, I., Vergara, A. I., Martínez, M. D., y Candia, L. (1998). Cultura y emoción en américa. *Boletín de Psicología*, 61, 65-89.